

diar con los que estuviesen en ellas é amparar á los que cavasen el muro; é destos castillos cada uno de los hombres honrados fizo el suyo. El conde Herman de Thuecha, que era alemán, é Enrique Dast (1), que eran muy buenos caballeros de armas, hicieron hacer un castiello muy alto, de grandes vigas é gruesas, é pusieron suso veinte caballeros bien armados é otros tantos ballesteros, é de yuso pusieron muchos hombres de pié muy bien armados, que cavasen el muro. E un día que comenzaron todos á allegar los castillos á la villa, estos dos hombres buenos de que ya oistes allegaron el suyo tanto á una torre, que los que en él estaban ferian á lanzadas á mantenido á los de dentro. E los de yuso comenzaron á cavar el muro. E cuando vieron esto los moros enderezaron contra aquel castillo todos los sus engeños que tiraban piedras, é dieron en él tantas pedradas, que le fueron maltratando, en manera que una gran piedra que le tiró el trabuquete, heriólo de guisa, que le hizo dos pedazos; así que, de los que estaban de suso ni de yuso no escapó ninguno que todos no muriesen. Mucho fué el gran pesar é el desmayo que hobieron en la hueste por aquel hecho; mas tanto era el esfuerzo que habian en Dios, en cuyo servicio estaban, que de las pérdidas ni de los daños que les venia no se les daba nada; é otrosí, los hombres buenos que ahí habia los esforzaban tan bien, que allí do ellos vían el daño no se querian quitar hasta que acabasen aquel hecho en que estaban; mas aun comenzaban á hacer mayores cosas que aquellas por dar corazones á los otros, de manera que acabasen bien é honradamente aquello que habian comenzado. E por eso se trabajaban en hacer mal é daño á los de la villa cuanto ellos mas podian; de guisa que de día ni de noche no les daban vagar; pero una cosa les agraviaba mucho á los de la hueste, ea veían que todavía les entraban á los de la villa por el lago viandas frescas é armas é todas las otras cosas que habian menester.

CAPITULO CCXXIV.

Cómo los de la hueste quitaron la entrada del lago á los de la ciudad de Niquea.

Otro día ayuntáronse los de la hueste para acordar en qué manera podrian quitar la entrada del lago á los de la villa. E desde muchas cosas hobieron visto é acordado entre sí sobre aquel hecho, la fin deste consejo fué tal, que enviasen caballeros é otros hombres buenos á la mar, é que tomasen cuantos barcos pudiesen, é que los trajiesen en carros á la hueste; é si por aventura los barcos fuesen tan grandes que no pudiesen enteros venir en los carros, que los hiciesen dos piezas ó tres cada uno, é que desta manera los trajiesen. E acordaron, otrosí, que enviasen á rogar al emperador de Constantinopla que les enviase ahí muchos barcos, porque pudiesen acabar muy presto aquel hecho, é marineros é gobernadores que guiasen las cosas segun que entendiesen que habian menester; é de los dos caballeros que fueron á Constantinopla, el uno dellos habia nombre Rubert de Sordas é el otro Beltran de Liz; é estos

(1) Sin duda el mismo llamado Enrique d'Asch en el capítulo CCXVIII.

levaron cartas al Emperador de parte de todos los mas honrados hombres que eran en la hueste; é caballeros ningunos no fueron con ellos ni levaron otra cosa sino sus caballos é sus armas, é sendos escuderos que los sirviesen, é anduvieron tanto hasta que llegaron á Constantinopla, é hallaron al Emperador en una huerta, é diéronle las cartas, que eran de creencia, é él hízolas leer, é luego mandóles que dijiesen aquello que le habian de decir, é ellos contáronle de cómo les habia acaescido desde que partieran de Constantinopla hasta aquel día, é de cómo tenían cercada la cibdad de Niquea, de guisa que los moros no podian entrar ni salir de la villa sino por el lago, é que le rogaban que les mandase dar galeas é otros navíos con que pudiesen vedar á los moros aquella entrada del lago, é que luego muy ahína habrian la villa. E al Emperador plúgole mucho con aquellas nuevas que oyó, é mandó luego dar á los caballeros sendos caballos é de su haber muy crecidamente. E otrosí envió sus dones muy buenos é muy ricos á los honrados hombres de la hueste, é fizoles dar sus cartas para que les diesen navíos é marineros é todas las otras cosas que hobiesen menester para aquel hecho. E esto fué muy presto hecho, é tantos hobieron de hombres é de carros, que ante de ocho días les levaron todos los navíos á la hueste, que en cuatro ó en cinco carros ponian el navío, segun que grande ó pequeño era. E despues que fueron traídos hiciéronlos descargar é ayuntáronlos en uno, como eran de primero, é calafeteáronlos é adobáronlos de remos é de velas é de lo que mas les convenia, é metieron hombres cuantos entendieron que habian menester en cada uno; así que, tal navío habia en que iban ciento, é en tal cincuenta, é mas é menos segun los navíos eran, ea asaz hallaron hombres que lo hicieron muy de grado, los unos por servicio de Dios é los otros por grande sueldo que les daban, é los otros por ganar provecho é honra; así que, tantos fueron los navíos que allí metieron, que los moros perdieron aquel camino, que ninguno no podía por el lago salir ni entrar en la villa, que no fuese preso ó muerto. Mucho fué grande el alegría que hobieron los de la hueste cuando conocieron que los moros habian perdido el lago, é mucho se esforzaron mas que ante para hacerles mal, ea bien entendieron que por aquel lugar habrian ahína la villa; é así como ellos habian gran placer, así los moros habian gran pesar, viendo manifestamente que no se podian detener, pues que eran cercados de cada parte, de manera que no habian entrada ni salida, por tierra ni por agua. E aun se desmayaron mas, porque tan ahína trujieron los cristianos aquellos navíos al lago de tan léjos tierras, que les pareció que lo hicieron muy poderosamente é con gran fuerza de gente é de haber; é por esto conocieron que en todas maneras habian voluntad de ganar la villa.

CAPITULO CCXXV.

Cómo el conde de Tolosa é los suyos derribaron la una costanera de la torre.

Quando los de la hueste vieron que los navíos andaban por el lago, é que los moros no podrian haber salida ni entrada, por aquel lugar ni por otro, hobieron

su acuerdo que combatesen la villa de cada parte, cada uno en el derecho que posaba. E pugnaron de esforzar sus gentes lo mas que pudieron, porque lo hiciesen bien; é ellos hiciéronlo de manera, que todo hombre que lo viese entenderia que lo trabajaban bien de corazon; ea los unos hacian tirar los engeños á las torres é al muro, é los otros llegaban las escaleras é las gatas para cavarla, é los otros los combatian de piedras de mano é de honda, é otrosí de saetas é de arcos é de ballestas de muchas maneras. A la parte de mediódía, do posaba el conde de Tolosa, habia una torre muy grande é mucho alta mas que las otras; ea allí era el alcázar é las casas de Zuleman. E el conde de Tolosa tomó sobre sí de derribar aquella torre; así que, dos engeños hiciera tirar un mes. Mas nunca, por herida que hiciesen, pudieron derribar sola una piedra. Muchas veces aconsejaron al Conde que desficiese aquellos engeños; mas él, como era hombre de gran corazon, nunca lo quiso dejar; antes mandó hacer otros dos mayores, que tiraban muy grandes cantos é mucho á menudo. Cuando acaesció aquel día que combatieron la villa en derredor, vieron la torre fender por muchos lugares, de manera que cada vez que daba la piedra en ella de aquellos grandes engeños, salia el polvo por las finiestras de cada parte. Cuando esto vió el conde de Tolosa fué muy ledo, é su gente que combatia tomaron una gata é pasaron la carcava, é llegaron á la torre, é comenzáronla á cañar. Mas los moros se defendian muy fieramente, tirando muy grandes piedras é muchas saetas, é hacian muy gran daño en los de la hueste; mas con todo esto, la facera de la torre, que era hácia la parte de fuera, comenzó á caer, é los moros, cuando lo vieron, fueron muy desmayados; pero acorriéronse muy ahína, que luego hicieron otro muro de parte de dentro, de piedra é de cal, é fuéles mucho menester; que si por eso no fuera, fueran entrados; ea los cristianos habian ya hecho muchos portillos, por do podrian entrar muy bien tres hombres ó cuatro de caballo á la par.

CAPITULO CCXXVI.

Cómo el duque Gudufre mató de un tiro de ballesta á un moro que decía mal á la Virgen Maria é á los Santos.

Como habeis oido, á la parte que el duque Gudufre combatia habia una gran torre fuerte á maravilla é mucho alta, é donde venia muy gran daño á los de la hueste cada vez que combatian; un turco, que tiraba maravillosamente de arco, estaba encima della é facia gran daño á los de la hueste, é tanto habia gran sabor de los matar ó los herir, que se paraba entre las almenas é descubriase todo, é porque sabia ya quanto hablar francés, denostábalos muy mal, llamándolos viles é malos é cobardes, é lo que peor era, que denostaba á santa Maria. Muchos ballesteros le habian tirado, mas no plugo á Dios que ninguno le acertase, donde habian muy gran pesar los de la hueste. El duque Gudufre le vió estar así un día, é hobo del muy gran despecho por las palabras que decía, é como aquel que se solia ayudar maravillosamente de todas armas, armóse ligeramente é tomó una ballesta muy fuerte, é dejóse ir á la torre derechamente; así que, por saetas ni por cantos

que lanzasen no dejóse de allegar á ella lo mas que él pudo, é aventuró su cuerpo á la muerte por hacer placer á todos los de la hueste, é el moro se paró entre las almenas, así como solia. El Duque tovo armada la ballesta é tiró, é dióle tan gran saetada por medio de los pechos, que luego cayó muerto abajo de la torre. Mucho fué grande el alegría é las voces que los de la hueste dieron cuando vieron aquel golpe, é fué por ello muy alegre é muy preciado de todos el duque Gudufre; lo uno porque sabia ayudarse de todas armas para hacer mal á sus enemigos, é lo otro porque los vengara á todos de las palabras que aquel traider decía á los santos é á ellos. Los otros moros que estaban en la torre, cuando aquel golpe vieron, mas flacamente se comenzaron á defender que ante; así que, los cristianos se podian mejor llegar para combatir é para cavar. Mas los que estaban en las otras torres tiraban muchas saetas é piedras é grandes maderos herrados, con que hacian gran daño á aquellos que los combatian, con que quebrantaban otrosí los engeños que les llegaban al muro, é tan réciamente se defendian, que los de fuera eran ya despechados é cansados de los combatir; en tal manera estaban enojados é escarmentados los de la hueste. E á la parte do combatia el conde de Tolosa habian puesto engeños á aquella torre, con que la cavaban, é hicieron bien tres ó cuatro portillos; mas todo no les valia nada; que cuanto ellos cavaban de día, labraban los moros de noche; pero, con todo eso, no dejaban de los combatir mucho afineadamente. E aquel día que vos dijimos del gran combate, que estaban ya todos enojados los de la hueste, así como ya oistes, un caballero de Flándes, que andaba en derredor, veyendo cómo combatia cada uno, llegó allí do combatian los del conde de Tolosa, é cuando vió que se tiraban afuera pesóle mucho, é descendió del caballo, é fué á aquellos que combatian é comenzólos á esforzar muy fuertemente, é esforzándolos, pasó la cava é llegaron al muro, á aquel portillo que habian cerrado los moros, que hicieron los de la hueste, é comenzólos á abrir muy de récio, de manera que si otro hobiera que le ayudara, fuera aquel lugar abierto; mas porque no hobo ayuda, los de encima echaron muchos cantos sobre él é quebrantáronlo todo, é fué luego muerto, é subieronlo encima del muro con garabatos de hierro, é desde lo hobieron desarmado, echaron el su cuerpo á los de la hueste, de que hobieron muy gran pesar; pero los hombres buenos que ahí eran mandáronlo tomar é enterrar muy honradamente.

CAPITULO CCXXVII.

Cómo Cisamas, un maestro de Lombardia, hizo un engeño con que derribaron la torre, é del estruendo que hizo cuando cayó.

Hobieron gran pesar los de la hueste despues que vieron que todos los engeños que hacian para combatir la villa no les aprovechaban, é de la otra parte costábalos gran haber; é por lo que mas se dolian, era que se perdian muchos hombres buenos, é sobre esto ellos estaban en su consejo de cómo podrian hacer. E así estando, vino á ellos un hombre de Lombardia, que habia nombre Cisamas, é díjoles que era buen maestro de engeños; é si le diesen todo lo que hobiese menes-

ter, que haria un engeño tan fuerte, que no temeria ninguna cosa que los de dentro pudiesen hacer; así que, en pocos dias les derribaria la torre, ó haria tan gran portillo en el muro, por el cual los de la hueste pudiesen entrar por la villa por llano. Cuando los hombres buenos oyeron esto, plúgoles mucho, é mandáronle dar todo lo que pidiese, é demás prometieronle que si él lo acabase, que le darian muy gran galardón. E él tomó luego muchos maestros é mandó cortar mucha madera é muy gruesa; así que, en pocos dias hobo hecho un castiello muy grande é muy fuerte, que habia veinte é cuatro brazadas en alto é catorce de ancho; é habia colgadizos, así como portales, que cobrian las ruedas de diestro é de siniestro, de cuatro brazadas en ancho, é de alto siete, é allí iban los hombres que empujaban las ruedas é allanaban el camino por do iba el castiello. E el castiello habia cuatro sobrados, de que podrian combatir los que en él estuviesen, é tirar de ballestas é de hondas; é en cada sobrado habia una escalera, por do subian al muro ó á las otras torres, é en lo mas alto puso un árbol así como de nave pequeña, é encima dél habia un cadalso, en que podrian estar dos hombres, que verian cuanto se hiciese en la villa; é cada vez que veian que se armaban los de dentro para venir al castiello daban voces á los de la hueste, de manera que los podian acorrer. E despues que metió ahí hombres d'armas cuantos entendió que eran menester, hizolo llegar el conde de Tolosa á la gran torre del alcázar que él combatia. Mas los de dentro se esforzaban muy mucho, tirando muchas saetas é grandes piedras de engeños, é echaban muy grandes cantos de mano, é lanzaban vigas herradas é fuego de alquitrán. Mas ninguna cosa que les hiciesen no les hacia daño; tanto era el castiello fuerte é bien hecho. Cuando esto vieron los moros, fueron mucho espantados; mas cuanto á ellos pesaba, tanto placia á los de la hueste, é se esforzaban mas en estorbar la torre; así que, mucho ahína hobieron sacado los grandes cantos que en ella habia, de manera que la pusieron en piés de madera. E cuando la hobieron muy bien trabado de madera, de forma que no pudiese caer á los que la sosacaban, metieron mucha leña seca é todas las otras cosas con que entendieron que mas ahína arderia; é cuando hobieron esto hecho pusieronle fuego é tornáronse para su engeño, é tiráronlo afuera, porque la torre no cayese sobre él; donde acaesció así: que á la media noche fué ardida aquella leña é cayó la torre, é con el golpe hizo tan grande ruido, que parecia que toda la tierra se fendia; de manera que no hobo hombre, fuera ni de dentro, que no hobiese gran miedo, pensando que tremia la tierra é que serian todos muertos. Mas cuando los de la hueste lo supieron que aquel ruido la torre lo hiciera é que era caída, hobieron muy gran gozo é mandaron tañer las trompas, é pregonaron que se armasen todos de mañana é que fuesen á entrar la villa.

CAPITULO CCXXVIII.

Cómo los de la hueste prendieron una mujer é dos hijos del soldan de Niquea, que se iban por el lago.

Niquea, como era gran pueblo, Zuleman el soldan, cuando se fué de la villa, dejó en ella algunas de sus

mujeres, creyendo que quedaban seguras por su grandeza é fortaleza; é entre todas las otras, habia una que la amaba é preciaba mucho porque era muy hermosa, é otrosí porque era de gran linaje é tenía por de buen seso; así que, con ella habia sus consejos mas que con ningun hombre que era con él. E ella tenia consigo dos hijos que habia dél, é aun era preñada, é moraba en el alcázar que estaba yunto con aquella torre que cayó; é todos los de la villa vinian allí á ella á demandarle consejo, é así la honraban é hacian su mandado en todo como por el Soldan su marido. E cuando ella oyó la torre caer hobo tan gran miedo, que bien cuidó ser muerta; lo uno por el gran ruido que hizo, é lo otro porque se temia que por allí podrian entrar la villa é que seria ella presa é sus hijos, de que su marido habria gran pesar, é convernía á hacer algun mal partido con los cristianos. E por guarescer de aquel peligro, mandó armar una barqueta de treinta remos, é metióse en ella con sus hijos é con el haber que pudo llevar, é comenzóse á ir por el lago; mas luego fué presa, ca los navíos de la hueste salieron delante é tomáronla con cuanto levaba, é trajiéronla á la tienda del duque Gudufre. Otro dia de gran mañana fueron ahí ayuntados todos los hombres buenos de la hueste, é cuando vieron aquella dueña é á sus hijos, preguntáronle de todos los hechos de la villa. E ella contógelos muy ciertamente, como aquella que los sabia muy bien; é ellos fueron muy ledos de cuanto le oyeron decir, é luego tomaron consejo entre sí de cómo combatiesen la villa en derredor muy esforzadamente; ante que los moros hubiesen hacer ninguna labor de la torre que cayera.

CAPITULO CCXXIX.

Cómo los de la cibdad de Niquea se dieron al Emperador por consejo del traidor Estadín.

Cierto hobieron gran miedo los de la cibdad de Niquea cuando vieron que la torre era derribada; é supieron de cómo la mujer de su señor era presa con dos hijos; é de otra parte vieron que todos los de la hueste se armaron para irlos á combatir, é ellos sabian ciertamente que si lo hiciesen, que los entrarían por fuerza é que serian todos muertos ó presos; é con este miedo, enviaron á pedir treguas á los hombres buenos de la hueste para hablar con ellos en qué manera les darian la ciudad. Cuando esto oyó Estadín, aquel falso de que ya os dijimos, pesóle mucho, é fuése para los moros, é consejóles que por ninguna manera no diesen la villa á los latinos, porque eran malos é falsos é crueles, é eran gente extraña, de diversas tierras; así que, nunca les ternian ni partido ni pacto que con ellos pusiesen. Mas que se diesen al Emperador, cuyos vecinos eran, é que él los guardaria mucho bien, é los ternia mucho en paz é les haria mucho bien; é tanto les dijo de bien del Emperador é de mal de los latinos, que ellos hobieron á otorgar que harian lo que él les consejase; é enviáronlo luego á decir á los de la hueste, que se querian dar al Emperador é meterse en su merced con los cuerpos é con cuanto habian, en tal que les dejase á vida. Mucho fueron ledos los de la hueste

quando aquellas nuevas oyeron; lo uno porque tenian que habian acabado su hecho bien é honradamente, é lo otro porque tenian al Emperador su lealtad, así como con él pusieran, é otrosí, porque cuidaban que era suya la meitad de todo aquello que ganasen en la villa, segun las posturas que hicieron é asentaron con el Emperador. E sobre todo, habian muy gran placer porque tenian que eran libres de aquel hecho que los embargaba mucho para cumplir su romería; é por todas estas razones otorgaron el pleito los de la hueste, pero ante que le hobiesen firmado, les hobieron á prometer que les diese Zuleman, el soldan, todos los cristianos que se pudiesen hallar de aquellos que fueron presos en el desbarato de Pedro el Ermitaño, é todos los otros que prendieron desde cercaron á Niquea; é los latinos, que darian al Emperador la mujer de Zuleman el soldan, é sus hijos é todos los otros que tenian. En esta manera firmaron su pleito los de la villa con los de la hueste; é sobre esto enviaron sus embajadores al emperador de Constantinopla, en que le hicieron saber la merced que Dios les hiciera, é de cómo pasara todo el hecho desde que cercaron la villa de Niquea fasta que la ganaran; é que le rogaban que enviase ahí tanta gente, que se pudiese bien apoderar de la cibdad; é tal era su consejo, que pues Dios los habia librado de aquel lugar, que se fuesen derechamente para tierra de Suria, ca por aquella intincion habian ellos movido de sus tierras.

CAPITULO CCXXX.

Cómo el emperador de Constantinopla envió quien recibiese la ciudad por él.

El emperador de Constantinopla, cuando vió las nuevas que le enviaron los de la hueste, é supo todo el hecho cómo pasara en Niquea, fué muy alegre, é luego envió hombres honrados de aquellos que mas sus privados eran, é otra muy gran gente de armas, que recibiesen la villa; é ellos hicieronlo así, é recibieron la villa en veinte dias de junio, cuando la era de la encarnacion del nuestro Señor Jesucristo andaba en mill é cuarenta é un años; é fué rescebida con muy gran alegría, é puestas las señas del Emperador por cada torre, é las cruces por honra de la fe de Jesucristo; é fueron hechas iglesias las mayores mesquitas de la villa, por mano del patriarca de Constantinopla; é luego que la hobieron recebido, basteciéronla muy bien de armas é de viandas é de todas las otras cosas que habian menester, é hicieron adobar el muro é las torres, que eran derribadas, é las armas é el haber, é todo lo que hallaron en la villa, guardáronlo para el Emperador; é todos los moros presos que les dieron los de la hueste enviáronlos á Constantinopla, é fueron á poner en salvo á los moros que salieron de la ciudad; é á cada uno de los hombres honrados de la hueste envió el Emperador sus dones muy grandes é muy ricos, é sus cartas, en que les agradecia mucho el servicio que le hicieron

en ganar la ciudad de Niquea é en acrescentar su imperio, é de cuán lealmente cumplieran con él el homenaje que le hicieran. Mas la gente menuda, que lazararon en aquel hecho, é que se metieran muy de corazon, tenían gran querella del Emperador, porque los moros eran fuera de la villa, é porque creyeron que de cuanto ahí hallasen debian haber la meitad. E cuando lo veian levar todo á Constantinopla, érales tan grave cómo si gelo tomasen por fuerza, é mostrándolo á los hombres honrados de la hueste é querellándoseles; é ellos dicianles que bien veian que recibian agravio, segun las posturas que hobieron con el Emperador, é que debian haber la meitad; mas que no tenian tiempo ni sazón para gelo demandar. E si por aventura comenarlo quisiesen, por allí se podria estorbar el pelegrinaje, lo que no habian de hacer por ninguna manera. Estas palabras é otras muchas dician los hombres buenos de la hueste á la gente menuda, é dábanles algo de lo suyo, con que los hacian apaciguar. Mas empero tan bien los unos como los otros tenian queja del Emperador, é tanta, que si no fuera por la romería que habian comenzada, é por no perderla para adelante, por ninguna manera no dejaran de gelo demandar.

CAPITULO CCXXXI.

Cómo el Emperador envió al Soldan su mujer é sus hijos, é todos los presos libres.

Recibió el Emperador la mujer de Zuleman é sus hijos, é todos los otros presos que le trajeron á Constantinopla, é plúgoles mucho con ellos, é hizo muy gran honra á la dueña é á los niños, é mandóles dar todas las cosas que hobieron menester, muy complidamente; é á cabo de pocos dias enviólos á Zuleman libres; que no quiso por ellos tomar ninguna cosa, antes les dió mucho de su haber, é grandes dones é ricos. E esto hizo por amor de Zuleman, en manera que amos fuesen unos contra todos los hombres del mundo, é señaladamente contra los latinos; é otrosí, que cuando al Emperador acaesciese alguna desventura, como á él habia acaescido, que fallase en él amor, así como él lo halló en el Emperador.

¶ Aquí se acaba el primero libro de la conquista de Ultramar, segun la mejor division, en el cual se contienen la causa é manera de cómo é por qué se movieron los altos hombres é devotos cristianos en esta santa romería, é de su primero desbarato. Asimismo de cómo nació el caballero del Cisne, é sus hechos é linaje, é de cómo fué suyo el ducado de Bullon, é despues por sucesion de su nieto Gudufre, el cual fué uno de los principales pelegrinos que vinieron á Hierusalem; é de lo que acaeció en principio de su camino con el emperador de Constantinopla, á él é á los otros altos hombres; é de cómo ganaron la ciudad de Niquea; é comienza el segundo libro, que cuenta de lo que adelante les acaeció, é cómo ganaron á Antioea,